

CUANDO LOS BARCOS ERAN BLANCOS

Era la ciudad de la Ría. Una ciudad gris, velada por los humos y por una ligera cortinilla de agua que llamábamos sirimiri. En su entorno giraba la vida de un rosario de pueblos que sin solución de continuidad la acompañaban hasta el mar. Una vida presidida por el trabajo, sin apenas tiempo para el recreo con excepción del descanso dominical. Una ciudad que más parecía de los países protestantes del norte, pegados a una ética puritana en la que el trabajo es la vida, que de los países católicos meridionales, en donde el trabajo es un sufrimiento, un castigo y una carga.

Por aquella Ría de hierro de aguas rojizas desfilaban subiendo y bajando ante mis ojos infantiles, barcos cargados de mineral, que todo lo impregnaba con el color del hierro oxidado... cargueros con chatarra de los países avanzados que nos mandaban sus detritus, lo que no les servía... madereros de Guinea que venían costeando en continente africano... carboneros de Asturias e Inglaterra... barcos oscuros, sucios, cubiertos con polvos rojos y negros, viejos, mal pintados, que mi imaginación veía como ratas triponas, de los que tiraban pequeños remolcadores, negros como cucarachas.

De vez en cuando un maravilloso barco blanco, de pasajeros, subía por la Ría a reparar a los astilleros. Plagado de ventanitas y escotillas circulares pulcramente alineadas, con una bandera de un país desconocido que un hermano mayor aclaraba era de un lugar que se llamaba Suecia, Holanda o Noruega y que imaginábamos recorría el mundo visitando los países más alejados y exóticos. Cuando veíamos un barco así, todavía había quien comentaba algo del Titanic. Era una época en que, aunque los barcos eran negros, para los niños del barrio, todos eran blancos.

Como los barcos entonces, los coches, las bicis las motos y los trenes también eran negros. El humo, la religión negra, el cine donde soñábamos, la escuela como sus maestros, los frailes y monjas, los paraguas también eran negros. Los trabajadores vestían de gris, hasta en su ropa interior (se decía que era más sufrido). Muchas mujeres, viudas o no, llevaban luto. La ciudad estaba cubierta de una pátina sucia y los edificios ennegrecidos por la guerra, como los hombres, habían perdido sus colores y mostraban al aire sus canas y su decrepitud con sus desconchones y sus raseos desnudos de cemento de sus fachadas. Los colores no existían, incluso el campo y los montes, que habían sido de un verde deslumbrante, la guerra y el humo mezclado con la lluvia los habían pintado de gris. La humedad y el aire cargado de polvo de mineral y carbón que expulsaban en sus explosiones los altos hornos, lo hacían todo pegajoso, de un gris pegajoso que todo lo impregnaba. Era, para casi todos, un mundo triste y oscuro.

En aquellos tiempos todos llevábamos boina, negra. Bueno, menos algunos señoritos de la capital, que la llevaban azul. La boina, entonces, no era para protegerse del sol, sino del frío, el agua y la suciedad. Sin embargo mi padre se permitió el lujo de tener una boina solo para los domingos. Fue un regalo de mi madre. Aunque mi padre salía poco, yo pienso que se la compró para que fuera elegante a la misa de doce.

La misa, entonces, era algo socialmente muy importante. La escala social de valores la imponía como el acto social más importante de la semana y estaba muy mal visto no cumplir con lo que ante todo se consideraba un deber para con Dios y con la Patria. La religión, como la patria, no era entonces una cuestión de ética, de moral personal o de amor. Era una cuestión de formas, deberes, obligaciones y a la vez una cuestión de miedo. El dedo acusador del cura, venía casi siempre, acompañado del dedo de la policía y de la imputación de simpatía por los rojos. Por eso, en el acto social del rezo colectivo de la misa, unos junto a otros, viéndonos y siendo vistos, todos... todos rezábamos en forzosa unión. Una vez cumplida la obligación, cada uno se iba por sus propios derroteros. La misa se había convertido en una especie de representación teatral, que se ponía en un idioma críptico, que solo dominaban los curas y que se llamaba latín. Una vez por semana el pueblo actuaba, repitiendo mecánicamente sesión tras sesión, la correspondiente perorata de rezos y cantos.

En aquellos tiempos hacía frío. Pero no era un frío como el de ahora. La temperatura podía ser la misma, pero el frío era distinto. El frío, aquél frío pegajoso se nos metía en el cuerpo y ya no salía ni en el verano. Las casas eran frías, los talleres eran fríos, las escuelas eran frías. Por más que multiplicábamos los jerseys, la humedad, la sucia humedad lo calaba todo, se metía dentro de nosotros, nos mordía como un perro y como la tos ya no nos soltaba. Era como si el frío no fuera algo meteorológico, como si estuviera en nosotros desde siempre, como si naciera con nosotros.

Con el frío venía el miedo, que es como otra clase de frío. Miedo a la guerra y a la represión, a la policía, a la miseria, miedo al hambre. Los discursos entonces tanto de los dirigentes políticos, como de los maestros y los curas, que eran los únicos que podían hablar, eran para infundir temor a la vida, al pasado reciente, a la guerra, a la incertidumbre del futuro, a Dios o a la otra vida en el fuego eterno. Aquellos discursos del temor eran los discursos del frío y del miedo.

Cuando nevaba, los niños apenas si jugábamos en la nieve. Más que un fenómeno para la diversión, la nieve era el frío. La blancura de la nieve apenas duraba unos momentos, al de poco de caer ya era oscura... eran tiempos de barro. Hoy pensamos que nieva menos, pero no es verdad, es solo que lo sentimos menos. Lo que entonces era añadir al sufrimiento al sufrimiento hoy es motivo de curiosidad y diversión pero hay ciudades, otras ciudades, en donde hoy, todavía sigue nevando como nevaba entonces en la nuestra.

Nuestro mundo exterior no ofrecía muchas alegrías, era un mundo triste. A los niños de entonces nos robaron la infancia. Sin apenas aprender a jugar, aprendimos a trabajar. Nos hicieron mayores a la fuerza. Pasamos por la escuela y aprendimos a leer, sin saber qué es lo que había detrás de la lectura. Con aquella enseñanza, con la que se acababa odiando lo que al menos en apariencia se pretendía estudiar, los chicos del barrio acabaron resultando unos analfabetos funcionales. Con las lecturas en alto en la

clase, nos hicieron odiar la poesía y El Quijote. Con catorce años nos condenaron al mundo adulto del taller y a las largas jornadas de un trabajo casi siempre embrutecedor. Yo escapé casi de milagro. Una infancia sin juegos creó niños melancólicos, pero a su vez también soñadores. El frío y la necesidad de soñar nos metió en el cine y en buena medida el cine y en cierta medida, a algunos, esto nos salvó.

En las casas de la gente pobre, entonces no había libros y en la escuela tampoco. Más que la pobreza, el problema era la incultura general, de la que no se escapaban unos pobres emigrantes y unos frailes ignorantes y embrutecidos que enseñaban las letras del catón a golpes. Nuestro padre compraba el periódico solo los domingos y los hermanos mayores cambiaban las novelas del oeste grasientas y desvencijadas en donde morían casi todos, como hoy se alquilan películas de violencia y sexo en vídeo. A los pequeños no nos dejaban leer aquellas novelas, pero las leíamos. De todas maneras en donde aprendimos la leer de verdad fue en los tebeos. El único dinero que yo necesitaba, era para comprar tebeos y para ir al cine. Esta era nuestra única inversión para poder soñar.

El frío y la ausencia de alternativas llevaban a la gente a beber. Entonces bebíamos todos. Los hombres en las tabernas y las mujeres en las casas. Los adolescentes, casi niños, también teníamos acceso a algunas tascas menos exigentes con la edad de la clientela. Muchos padres eran de la opinión de que si el chaval trabaja, si es un hombre para trabajar, también lo es para beber o fumar. Los chicos de entonces, más o menos a escondidas, fumábamos todos. En aquella época apenas sí había bares. Los bares eran algo que solo salían en las películas americanas de gánsteres. El primero en llamar a una taberna BAR fue la que abrió Santi cuando volvió de navegar. Santi había estado en América, pero no en la del Sur como algunos otros del pueblo, sino en U.S.A. Había sido taxista en N.Y. y chapurreaba el inglés. Lo que había eran bodeguillas.

La bodeguilla de mi calle la llevaban dos hermanas mayores y enlutadas, Carmen y María, viudas de la guerra. Unas mesas largas de madera y unos bancos corridos, en los que se sentaban los hombres en grupos o solitarios, discutiendo casi siempre de fútbol o de ciclismo, frente a una botella tapada con un corcho cruzado por una caña. Se pedía una caña cuando se pedía una botella y se bebía al aire. Yo cuando lo intentaba siempre me atragantaba. Solo los mayores sabían beber al aire.

En las bodeguillas no había vasos, ni pinchos, ni licores, ni café, solo había vino. Como mucho de dos tipos, el peleón, un vino sin historia ni origen al que tenían acceso casi todos los bolsillos y el de Rioja, de cosechero al que tenían acceso unos pocos. Al margen del vino, solo se vendía aceite y vinagre a granel, que se servían con unos dosificadores con bombas de émbolo transparente, que siempre me parecieron un invento maravilloso. El único refresco popular entonces era la gaseosa. Se presentaba en unas botellas con un cierre de canica de vidrio traslucido, que actuaba hacia arriba cerrando con la presión del carbónico y que los chavales siempre estábamos esperando que a alguien se le cayera alguna y se rompiera el casco para recuperar la preciosa canica que llamábamos de cristal. Las canicas entonces se compraban en los puestos de chucherías y eran de barro. Algunas venían coloreadas con pinturas de distintos colores, pero en cuanto se jugaba un poco con ellas enseguida se les saltaba el color y salía el fondo de arcilla. Una canica de cristal valía como diez de barro. Las canicas de cristal transparentes con cosas de colores dentro vinieron mucho después. El juego de canicas era un juego universal que duraba todo el año. Dentro de una bolsita de tela con una

cuerda corrediza para cerrarla, que nos hacían nuestras madres, las llevábamos colgando del pantalón, de los tirantes o del cinto, aunque cinto solo llevaban los chavales más mayores. Llevar cinto estaba asociado al pantalón largo. Eran señales de ingreso en la adolescencia. Todos queríamos llegar cuanto antes al pantalón largo, pero las madres se resistían. Solían decir que todavía éramos muy niños, y que les daba pena que dejáramos de serlo. Debía de ser verdad. Pero también era verdad que los cortos eran más económicos. Tenían menos tela y además no se rompían las rodilleras. Entonces las rodillas siempre las teníamos sucias y sufríamos cuando había que quitar la mugre de la calle con estropajo. Los más pobres solo llevaban una cuerda o una cinta de tela a modo de cinto o cruzando en diagonal de cintura a hombro.

Tras el mostrador, Carmen y María tenían por una parte apiladas las barricas y por otra los pellejos. Los entendidos decían que el vino de pellejo sabía mejor. A mí los pellejos, no sé por qué, de pequeño, siempre me dieron miedo. Se me semejaban a negros fantasmas o algo así, que yo había visto en una ilustración de un libro, que más tarde supe que era El Quijote.

En algunas bodeguillas además de en caña, se bebía en bota. Así un grupo o una cuadrilla pedía una bota de vino y entre charla se la iban pasando unos a otros. Las botas también se vendían en las bodeguillas, eran de cuero marrón con un pitorro y una rosca negros de aquel primer plástico que llamaban baketita y que con el uso sería de un negro menos intenso que el propio cuero ennegrecido por el propio vino y las manos grasientas por las que la bota circulaba de ronda en ronda. Entonces, en todas las casas había una bota, con la que se iba a todas partes, a las romerías, al fútbol o de excursión. Estoy hablando de cuando todavía no había llegado ni el frigorífico, ni había vendedores de aquellos que gritaban “hay Fanta y Coca Cola fría”.

Estoy hablando de cuando en las casas, en las fachadas orientadas al norte, había un hueco para guardar alimentos que llamábamos fresquera. Antes incluso de que llegaran las primeras neveras. Yo conocí el hielo cuando aparecieron las primeras neveras. Venía en barras, en un camión y las repartían por las casas dando gritos desde la calle, unos esforzados muchachotes de los que se contaban los mismos chistes que más tarde se contarían del butanero. Si la barra se compraba entera o media, el porteador la subía hasta casa al hombro protegiéndose con un saco de yute. Si se quería un trozo mas pequeño se bajaba a la cale con un cubo de zinc y te cortaba un trozo. La nevera de mi casa que era como un armario aislado pintado de blanco por fuera, no era muy grande y yo solía bajar a por un cuarto de barra. La obsesión de mi madre es que los hijos no abrieran la nevera para que no se fuera el frío y el hielo no se hiciera agua. A cada rato había que sacar una bandeja inferior que recogía el agua de la descongelación. Era agua fría y en verano la aprovechábamos con un poco limón para hacer limonada. Cuando llegaron los primeros frigoríficos, en los que no había que meter barras de hielo, a todos nos pareció algo misterioso. A mi madre mujer practica, no le importaba ni el misterio ni la tecnología, lo que le interesaba es que pudiera mantener en frío los alimentos. Pero a los hombres de la familia, muy influenciados por la afición de mi padre a saber como eran las cosas mecánicas por dentro, los miraban por dentro y por fuera y les daban la vuelta por detrás para ver donde coño estaba el secreto. Eran unas cajas muy modernas de forma por el exterior, con una cierta estética de los coches. Pero resultaban muy poco expresivas. Eran mudas. Solo tenían un enchufe. Mi padre intento meterle mano por dentro, pero mi madre no le dejo.

Tenía la obsesión por la técnica moderna y por los aparatos eléctricos. Desmontar todo artefacto que entrara en casa para saber como funcionaba y enseguida se le ocurría como mejorarlo. Pero a la hora de montarlo de nuevo siempre le sobraba algo y ya no funcionaba como al principio. De todas maneras la obsesión de mi padre siempre fueron los radios. Yo recuerdo a mi padre siempre enredando con las radios destripadas encima de la mesa de la cocina, pasando horas y robándose las al sueño o al fin de semana. No sabía nada de radio ni de electrónica. No tenía libros ni publicaciones. Pienso que el goce estaba en el simple hecho de desmontar y montar, de cambiar lámparas de lugar y comprobar que seguía funcionando. Ponía cables de antena para mejorar el sonido pero solo conseguía ruidos. Conectaba cables a la barra de la chapa de la cocina para hacer tierra o mejorar la antena y hacia saltar a mi madre con descargas eléctricas. Conmigo siempre estaba “hijo agarra de aquí... tenme este cable”...pero claro me cansaba...y mi madre...”Jacinto deja al niño que vaya a jugar”...Mi padre era amigo del propietario de una tienda de radios que había en el pueblo. Se llamaba Radio Rivas. Solía ir a charlar con el. Allí veía los nuevos modelos de aparatos que llegaban. A mi padre Rivas le parecía que sabía mucho de radios. Yo pienso que era poco más que un comercial. Cuando mi padre tuvo dinero le fue comprando radios cada vez mejores...luego tocadiscos y finalmente nuestra primera televisión. Mi padre tuvo una de las primeras que llegaron al pueblo. Aunque no tuviéramos dinero mi padre tenía que tener uno de aquellos maravillosos inventos en casa. Cuando Rivas trajo la primera televisión en blanco y negro, la puso tras el escaparate y la gente se amontonaba todo el día para ver cine gratis.

Tener TV en casa era un problema pues había que dar hora a todos los vecinos que querían venir a verla. A mi madre el asunto no le hacía mucha gracia lo de tener la casa invadida por gente. Por los niños no le importaba, pero que con aquel programa de la Subasta, con una corrida de toros o un partido de fútbol se le llenara la sala con media escalera, ya era otra cosa.



En mi infancia y en mi adolescencia la ciudad era para mí el barrio. Las autoridades de Bilbao con la idea de que aumentar su población convertiría la ciudad en una metrópoli, había absorbido el municipio de Erandio convirtiendo un pueblo, en un barrio periférico, con todos los inconvenientes y ningún beneficio. Yo nací en Erandio, pero al de pocos años era bilbaíno. Bilbao estaba a ocho kilómetros, sin embargo siempre lo percibimos muy lejos. Era la capital. Allí iban a trabajar los oficinistas, los empleados y los dependientes de los comercios. En el barrio se quedaban los obreros o los que trabajaban en las fábricas de la Ria. Nosotros éramos artesanos, vivíamos y trabajábamos prácticamente en el taller. Los chicos se reían de mi porque decían que los carpinteros comíamos chirlora. Yo me defendía como podía de aquel infundio. Pero me sentía muy humillado.

La capital era algo lejano, donde solo ocasionalmente se iba para hacer alguna compra singular, a visitar a un médico especialista, al circo americano ó a las barracas cuando eran las fiestas patronales. En el suburbio era donde se vivía. Se tenía la casa, el trabajo, la iglesia, la escuela, los bares, el cine, el baile... la novia. Los trabajadores, entonces en terminología anterior a la guerra decíamos los obreros, se desplazaban todo lo más a los pueblos fabriles inmediatos, también convertidos en suburbios de la gran ciudad, que en su denominación administrativa, se llamaba ridículamente, grande a sí misma.

Solo algunos que para distinguirse de los obreros se autodefinían como “empleados” trabajaban en las oficinas de las fábricas, ó iban al centro a trabajar en los bancos, en las compañías de seguros o en las navieras. Eran los oficinistas. Su manera de vestir con chaqueta, camisa blanca y corbata y su reducido número, los había brillar entre la población obrera. Las chicas les hacían más caso y los chicos de los talleres les miraban mal, y a veces les decían cosas, pero en el fondo les tenían envidia.

Con ellos, en el tren de las ocho, iban los dependientes y las dependientas de los comercios de la capital. Para esa hora los talleres del barrio llevaban trabajando varias horas. Unos empezaban a las ocho y otros, según los turnos, a las seis. Los dependientes era una especie de segundo escalafón con pretensiones de la casi inexistente clase media del barrio, con ingresos incluso inferiores a los de los obreros, pero con todos los humos que da el roce con los ricos, aunque sin dejar de notarse el quiero y no puedo. Mi tercer hermano era uno de ellos, con su bata blanca bajo el brazo de mancebo de farmacia cruzaba el barrio orgulloso camino del tren. Mis otros hermanos le consideraban un señorito. Vestidos de mahon y cubiertos de serrín le veían salir de casa limpio y repeinado dos horas después de haber entrado ellos al trabajo.

El tren de las ocho era sobre todo el tren de las dependientas. Todavía no habían llegado a la capital los grandes almacenes. Solían llevar generalmente un grueso libro en las manos, un novelón de aquellos que los americanos habían hecho famosos a través del cine y que estaba plagado de romanticismo y lágrimas: El Manantial, Lo que el Viento se Llevó, Cumbres Borrascosas, cuidadosamente forrado con algún papel de envolver regalos del propio comercio en el que trabajaba (entonces los papeles baratos de envolver se guardaban como algo preciado). Aquellas chicas recatadamente sentadas en los bancos de listones de aquellos vagones de segunda atiborrados de gente, leían o hacían que leían haciéndose pasar por estudiantes. Pero estos, que cogían el tren media hora más tarde, no se ocupaban precisamente de leer eran alborotadores, chillaban y discutían, subían sin billete, cambiaban de vagón esquivando al revisor y descendían con el tren en marcha.

Recatadas, humildes y pulcras, con el bolso de plástico imitando a piel colgando del brazo, el traje cosido por ellas mismas en la sesión nocturna de alguna costurera del barrio, con el corte de la falda por debajo de la rodilla, un pañuelo pretendidamente de seda con dibujos de cachemir en la cabeza, regalo del novio y el novelón en la mano, aquellas Hijas de María, eran la imagen entrañable de unas hijas de obreros que luchaban por superarse y salir del barrio.

Yo, estudiante entonces de bachiller, tuve a mis dieciséis años por novia, una chica de aquellas, dependienta en un comercio de muebles, a la que iba a buscar martes,

jueves y sábados a la estación a la vuelta del trabajo en el tren de las ocho de la tarde. Se llamaba Rosamari y hoy la recuerdo con cariño y añoranza.

El tren de los dependientes, nos concentraba a la espera en el andén y en sus alrededores a un buen número de novios, que aunque coincidiendo casi siempre, curiosamente no intimábamos, limitándonos a saludarnos y a buscar un rincón solitario de espera en las protectoras sombras del andén.

El cine, en las últimas filas, en la sesión de las ocho de los jueves y domingos y quizás de algunos sábados y el paseo acompañando a la novia a casa para robarle en la oscuridad del camino la diaria ración de besos, repetía día tras día la vida rutinaria, que sin grandes problemas, aunque con las estrecheces económicas que corrían con los tiempos, a todos nos ofrecía el techo protector de nuestro barrio.

Desde entonces, nunca en mi vida, me he vuelto a sentir tan seguro y protegido como en aquellos años vividos en el que para siempre sería mi barrio.

Con el paso de los años, me fui alejando y desarraigando de manera paulatina de aquél barrio humilde, en donde tenía familia, amigos, hermanos mayores, vecinos. En donde la gente tenía cara, nombre e incluso mote, en donde nos conocíamos todos, en donde nos apoyábamos unos a otros y en donde todos teníamos, aunque pequeño, nuestro lugar y nuestro sitio.

Cuando dejé mi barrio y mi casa y me fui a estudiar a Barcelona, dejé en cierta medida a mi familia, a mis amigos y a mi novia y a pesar de tener otros barrios, conocer otras caras, otras novias y otras familias, aquella sensación de equilibrio que da la pertenencia a un lugar, nunca más la volvería encontrar.



El tren era para nosotros algo muy nuestro. Sabíamos que venía de otros pueblos y que iba a otros barrios, pero para nosotros era el tren del barrio. Siempre había estado allí, como la esquina, la calle o la iglesia, cuyo antuzano era nuestra verdadera plaza, nuestro centro de juego y reunión.

El tren que cruzaba y partía en dos al pueblo era desde nuestra visión infantil el límite de nuestros dominios y de nuestro barrio. A partir de la vía y de las barreras que cortaban nuestra calle hasta la Ria, había otros niños, otras bandas y otros territorios con los que apenas teníamos relación. La plaza del pueblo estaba a poco más de cien metros, pero a la otra parte de la vía dominaban otros chavales y a ella solo acudíamos los domingos cuando había baile o cuando íbamos al cine. El resto de la semana era el barrio de otras bandas.

El encuentro casi siempre de rivalidad con los del otro lado, se producía en torno a la vía del tren, unos frente a otros, en guerras de pedradas, cada una de las bandas encaramadas tras las tapias que por cada margen protegían al ferrocarril. Así la vía que separaba los barrios, era a la vez que frontera, lugar de encuentro. Rebasarla en forma beligerante penetrando como en una expedición amparada en la sorpresa, resultaba peligroso y casi siempre salía mal, volviendo la banda atrevida con las orejas gachas.

Jugar frente a la vía viendo pasar los trenes llenaba nuestro tiempo libre. El tren era un espectáculo que siempre estaba disponible para llenar nuestros tiempos ociosos. En muchos momentos los ancianos y los jubilados del barrio, participaban del espectáculo, sentados en el banco del antuzano de la iglesia, de la misma manera que los otros ancianos, los de más allá de las vías, dejaban correr el tiempo y sus recuerdos frente al trasiego de barcos que subían y bajaban por la Ría.

El tren era además para nosotros una industria para la producción de diversos objetos metálicos nacidos por el aplastamiento bajo sus ruedas de monedas, clavos, chapas, tapones, cucharas, etc. Acabábamos teniendo verdaderas colecciones de formas curiosas nacidas a partir de piezas metálicas que escogíamos pensando en su transformación por aplastamiento. Nuestra imaginación se disparaba en las formas resultantes. Un clavo retorcido y oxidado se convertía en un puñal malayo o en un alfanje moro reluciente después de pasar por encima de él toda una sarta de vagones.

La vía, se poblaba de pequeños objetos metálicos, listos para ser aplastados. Ocultos tras la tapia veíamos pasar el tren martilleando cada vez que pisaba uno de ellos, lo que provocaba las iras del maquinista que gritándonos y jurando contra nosotros ponía de relieve el temor a que se nos fuera la mano en la dimensión de las piezas y provocáramos un descarrilamiento. Pero nunca sucedió nada.

Cuando la máquina pisaba el primer objeto se producía como un estallido, como un tiro, y así uno tras otro. Identificábamos nuestros objetos cuando eran aplastados, contando los estallidos hasta llegar a los que cada uno, según su orden numérico, identificaba como los suyos. Aquello era como una ametralladora que alarmaba a los viajeros, al maquinista, al guardagujas y al jefe de estación que sin mucho convencimiento salía en persecución tras nosotros.

Pasado el tren, volvíamos de nuestro escondite a la búsqueda del resultado de aquella industria de objetos ardientes que nos quemaba las manos, esperando la sorpresa de encontrarnos con una forma nueva, distinta, bonita y reluciente, que enriqueciera nuestra colección.

Dejarnos pasar el tren de cerca, con los ojos cerrados, pegadas las espaldas contra las tapias que limitaban el espacio ferroviario sentir su sincopado rugir en el temblor del suelo, en los golpes de las uniones de los rieles, en el aire que desplazaba golpeándonos el rostro, sobresaltarnos con el sonido de la bocina, producía escalofríos erizándonos la piel en una mezcla de sensaciones combinados de miedo y placer. Era un juego en el que se coqueteaba con el peligro y con la muerte y al que desde muy pequeños jugábamos conociendo las historias de muerte y suicidio que se asociaban al tren.

Entre comentarios y conversaciones de los mayores, cazábamos al vuelo noticias de accidentes mortales de alguien pillado por el tren al caerse del andén, al no respetar las barreras bajadas o de alguien que se había arrojado a sus ruedas para quitarse la vida.

La muerte y el suicidio era así, entre los chavales del barrio, algo bastante común. Un objeto de comentario que en alguna ocasión se repetía casi todos los años, en un barrio en el que al margen del trabajo para ganarse el pan de cada día, prácticamente, con excepción de las bodas, el fútbol del domingo y la vuelta ciclista, casi nunca pasaba nada.

Para nosotros, la figura del suicida no nos era precisamente extraña. Al tren se habían tirado gentes con nombre y con cara que conocíamos, vecinos o amigos de nuestras familias. Cuando sucedía, frailes y curas arremetían en la misa del domingo y en la escuela, contra aquel pecador, sin piedad para la desconsolada familia, que quedaba estigmatizada para años, por haber tenido en su seno alguien capaz de cometer el más horrendo de los pecados, que le llevaría indefectiblemente a la condenación eterna. Cuando se mencionaba al suicida años después en alguna conversación se solía decir “fulano, el que se tiro al tren”. Y sin embargo, la gente se seguía tirando al tren. Entonces la explicación se simplificaba diciendo que estaba un poco loco o que se había vuelto loco. Pero a mi estas explicaciones no me convencían del todo.

Hoy, curiosamente, la gente ya no se tira al tren. La muerte, entonces para nosotros en cierta manera épica, de arrojarse bajo las ruedas de la gran máquina de hierro está hoy demodé. Resulta para nuestra aséptica y ecológica cultura, desagradable y de mal gusto contemplar la sangre y los restos humanos destrozados y desparramados entre las vías.

Sin embargo para nosotros, no era algo repelente sino casi natural. Al tren se habían tirado, Angelín el carpintero que trabajaba en el taller de mi padre, Luis Mari que hizo la comunión conmigo, José Antonio que vivía enfrente... en fin, gente a la que yo conocía de toda la vida. Y es que el tren, que poseía para todos nosotros la misma atracción que la del abismo, estaba desde siempre allí.

En el pueblo no teníamos edificios altos, ni puentes, ni grandes barrancos. En el pueblo teníamos el tren que ofrecía garantía y rapidez para los suicidios. Solo había que tener el valor de dar el paso. Teníamos también la Ría, pero nadie voluntariamente quería suicidarse de ahogado. A los ahogados, casi siempre, en nuestro convencimiento entonces, los habían suicidado.

Tirarse al tren era más épico, aquél último paso tenía algo de acto valeroso, de paso adelante. En nosotros quedaba como un cierto respeto por aquel último acto realizado con los restos del valor de una vida, seguramente, injustamente desgraciada.

Por eso los curas y los frailes lo comentaban con saña, en el convencimiento de que, todos los niños del barrio, cuando sentíamos en la cara el aire del tren al pasar, nos arrojamos alguna que otra vez con la imaginación a los pies del minotauro de hierro.



En el pueblo, casi todos teníamos motes y apodos. Los hombres más que las mujeres, pero éstas en ocasiones también los tenían. Incluso familias enteras heredaban y respondían con un apodo. Esta costumbre que parecía más habitual en los pueblos del sur y bastante ajena entre los vascos, tenía en mi pueblo un empleo extensivo y generalizado que podía deberse quizás, al carácter de aluvión de la población que, como consecuencia de la inmigración, daba como resultado un especialísimo crisol que se reflejaba en la diversidad y riqueza de apodos. Entonces más que por el nombre se respondía por el apodo. Los apellidos en cambio era algo prescindible. Los niños solo conocíamos los apellidos propios y pensábamos que tanto éstos como los de los demás no nos servían para nada.

La causa de la elección del apodo podía ser desde lo más natural, como por ejemplo cuando se vinculaba al oficio que practicaba una persona, hasta lo más peregrino e inimaginable, hasta el punto de no encontrar explicación. Estoy convencido que además, en aquellos tiempos caracterizados por las estrecheces económicas, la gente tenía para casi todo un ingenio más despierto y agudizado que en la actualidad.

Del oficio teníamos el apodo todos los componentes de mi familia, “los Carpin”, ya que de la carpintería y la ebanistería era de lo que vivíamos.

A la señora del puesto de caramelos era “Mari la Caramelera”. Al hijo del hojalatero le llamaban “Jalapa”. Uno de los bares era el de “Jamadillas” por los pinchos y raciones tan estupendos que ofrecía.

“La Pajarina” era la esposa de “El Pajarín”, el motivo era que el marido tenía como principal afición la cría de pájaros.

“El Perrero”, un hombre vinculado a las actividades de la Ría recibía el apodo por ir siempre acompañado de sus perros y de ocuparse de capturar para el Ayuntamiento los perros vagabundos, que tanto proliferaban por entonces, supongo que por las estrecheces de postguerra.

A Maxi, uno de mis vecinos que tenía varios cobertizos en el patio trasero le apodamos “Txabolas”.

El cine tenía su influencia en la elección de motes. Uno del barrio muy elegante y a la vez un poco afeminado era “Marlene”, supongo que por la Dietrich, aunque también le llamábamos “Señorita”. La verdad es que en el mote se ocultaba una cierta envidia por su elegancia y distinción en el vestir, en unos tiempos en donde todos los chavales llevábamos sino remendones, la ropa mal que bien arreglada de nuestros hermanos mayores.

Las películas de indios se mezclaban con las características físicas de alguno a la hora de recibir el mote. Los había de los más sonoros y elocuentes.

“Media luna” tenía de nacimiento una gran mancha violácea en la cara.

“Pasos largos” no era alto, pero tenía esa manera de andar.

“Culo bomba” era zambo, con un culo caído enorme y fofo.

“Malasangre” que daba el nombre a toda una larga estirpe familiar, casi tan larga como una tribu, tenía muy malas pulgas. En una ocasión le dio un navajazo al farmacéutico.

“Matagatos” que también dio nombre a su descendencia, era un gran cazador de gatos. Gato que veía, al puchero. Eran tiempos de escasez y no estaba la cosa para dejárselos a los perros.

“Ojos de uva” era rubio, con los ojos saltones claros y acuosos como los de un lagarto.

“Ojos tiernos” era el tapicero de la esquina, supongo que el apodo se lo pondría alguna mujer.

A uno del barrio de Tartanga del que nunca supe su nombre le llamábamos “Gavilán”, nombre de jefe indio sin duda alguna.

A otro que tenía una gran mancha negra y peluda en un brazo “El Lobo”.

Uno alto y desgarrado con los pies abiertos al andar “Zapatones”.

“Bala negra” era un extremo derecho rapidísimo que jugaba en el equipo local. El nombre era una copia sin duda del famoso “Bala roja”, Gorostiza, el gran extremo del Athletic.

A Pepín un medio volante del Erandio (ahora les llaman centrocampistas y ya no hay dos fijos como antes, sino que el número es variable hasta once) con un regate fácil (entonces se decía “diblar”) y una cintura portentosa, le llamábamos “Giribillas” por las giribillas que hacía con el balón. Curiosamente “giribilla” dice Lezama Lima, es una expresión cubana que significa alegría y salero. ¿Cómo llegaría a mi barrio? me pregunto.

A otro de Tartanga que se llamaba Hilario le llamábamos, en aquellos tiempos (influencia evidente de la religión) “Iscariote”, por la mala leche que tenía y que le llevaba a pelearse con todo dios.

La política también tenía su presencia en “El Español”, un falangista que todos los 18 de Julio se vestía de azul, boina roja y correaes. Vivía en el alto de Arriagas y allí bajaba, desfilando él solo recorriendo toda la calle por delante de mi casa, con su bandera de enganche recogiendo sus pocos acólitos. Cuando pasaban la gente se metía en casa o en los talleres. Cuando acaban de pasar se asomaba el morro y se hacían comentarios.

El tener dinero (aunque fuera poco siempre pareciera mucho) era como en todas partes y momentos, importante. A uno que hizo carrera en un banco y que volvía al barrio de vez en cuando a tomar unos vinos y pasear su riqueza le llamábamos “Faruk”.

Era de una gran complexión física y solía ir rodeado de una cuadrilla de hombres más bien bajos, casi todos empleados de las oficinas del pueblo, que parecían a su lado enanos. Mi padre comentaba: “ahí va Faruk con su corte de pelotas”.

Los grandes, los físicamente grandes, que presumían de ello (por entonces, sin dinero, había pocas cosas de las que presumir) cuando la mayor parte éramos bajitos, supongo que en venganza, le añadíamos al nombre el “on”. Así Luis era Luisón y Gabiola de apellido, Gabiolón. Para mí estos apodos tenían una cierta reminiscencia sinfónica, no sé si por el sonido del “on” o por la influencia de algunos instrumentos musicales.

Eran tiempos en los que las cuadrillas, en el chiquiteo, cantaban mucho en los bares y bodeguillas. Entonces se presumía de cantar bien. Así a uno le llamábamos “Caravana” porque siempre estaba cantando aquella canción, que él suponía que la bordaba y que decía: “... la caravana con sus cantos y risas... la caravana...”. A Terio le llamábamos muy literalmente “el hombre de las tres voces” porque en el pequeño coro parroquial de hombres, que dirigía Don Juan, el cura organista, hacía de tenor, de barítono o de bajo, según las necesidades y disponibilidad de cantores. Con tanta versatilidad no se podía esperar lógicamente un elevado nivel de calidad en los tres registros, pero la verdad era que resultaba un todo-terreno muy oportuno para algunos momentos difíciles de un coro tan exiguo como el de nuestro barrio. De aquel coro nacería el famoso Trío Sentimiento. Bueno fue famoso en el pueblo porque ganó un concurso en radio Bilbao. Cantabas rancheras con dos guitarras, y según mi familia, que era una de las reconocidas melómanas del pueblo, eran buenos. La noche de la final todo el pueblo estuvo al pie de la radio. Cuando llegaron, todos salimos a recibirles al tren como verdaderos héroes. No pasaron de aquel momento de gloria ni nunca llegaron a grabar ningún disco, aunque al principio ya les veíamos haciendo giras mundiales y películas como Jorge Negrete o Pedro Infante.

El pronunciamiento físico de alguna de las partes del cuerpo era fácil objeto de mote. Así teníamos a “El Negro” de Arriagas y al “Chato” de Axpe. A mi amigo Josean por los nervios le llamábamos “Venadas” con lo que se salía aún más de sus casillas. A Tony siempre el pobre chaval con diarrea, le apodábamos “Tony Cagalera”. A su hermano mayor le apodamos “Tony Galento”, como era alto y un poco chuleta, supongo que tenía algo que ver con algún cantante italiano del momento.

Por la manera del hablar y por la espuma que siempre tenía en las comisuras de la boca a José Mari le apodábamos “Babosa”. “Mano Mocha” era un acomodador del cine, que había sufrido un accidente en la mano y en el brazo y lo llevaba para atrás, como amarrado a la espalda.

A Torralba, que era guardia de circulación en Bilbao, de aquellos que vestía de blanco con casco de safari, por hablar mucho, era “Carraca”.

A una tal Mari que tenía problemas con los ojos, la llamábamos “La Pistoja”. El frío y la falta de limpieza traían las pistas en los ojos como las manos rojas por los sabañones o los pelos al rape por las liendres. Toda una estética para el cuerpo en aquella época.

Al abogado del barrio “Numeritos” por chulillo, estirao y echao palante. Este era un personaje como de Bilbao. Siempre iba con traje y corbata. Tenía una mujer de bandera. Los chavales la mirábamos con deseo siendo objeto de más de una paja. Cuando salían tan puestos a pasear, causaban sensación, e iban saludando muy educadamente a uno y otro lado. Su hijo aunque de nuestra edad estaba por encima de nosotros. Yo nunca entendí cómo aquellos señores tan importantes podían vivir en un barrio como el nuestro.

A Javi, que de niño había sido un bebé precioso, rubito, pacífico y regordete, con cuarenta años le seguíamos llamando “Pancho”.

Otro al que era un espectáculo verle bailar pasodobles en la plaza los domingos con la banda municipal le llamábamos “Panchita”. A José Luis por su tez morena que hablaba mucho del Caribe “Chocolate”.

A Fermín siempre elegante y con los zapatos relucientes, lo que le ponía enfermo era que le pisaran los zapatos. La verdad es que yo no recuerdo otros tiempos como aquellos con tanto tiempo destinado en las casas a sacar lustre a los zapatos. Por cierto los zapatos siempre negros. Pues bien, le llamábamos “Zapatitos”.

Teníamos un “Varillas” larguirucho y delgado... un “Oculto” por su carácter silencioso y reservado... un “Pino” por su nariz pronunciada... un “Potorro” por la enorme polla que gastaba... un “Epecha” por cómo sacaba para adelante el pecho al caminar, a pesar de ser bajito.

También los comercios y bares tenían motes.

“El Chorizo” era un bar en donde se hacía todo tipo de transacciones comerciales y donde se vendía y compraba cualquier cosa de estraperlo en la trastienda. Recuerdo que en una ocasión a unos marinos americanos que traían un cargamento importante de tabaco rubio les pagaron en aquél bar con dinero del Gobierno de Euskadi y se fueron tan contentos.

Una mercería, la de “Huevitos” por la pluma que tenía José Mari.

A tres hermanos de Tartanga, les llamábamos “los Cagones”. ¡Cómo comerían en casa los pobres!

En el pueblo teníamos un “Pirata”, el del barrio de Arriagas, un barrio en el monte al que se ascendía por una cuesta que quitaba el aliento. Al hombre le faltaba un ojo y lo llevaba tapado con un parche negro y una pierna por lo que llevaba una suplementaria pierna de palo. Tenía que apodarse lógicamente “El Pirata”. El hombre cogía día sí y día no, unas melopeas de campeonato y allí iba rengueante cuesta arriba a la noche para su casa, dando tumbos para un lado y para otro con una pierna de palo. Desde el portal de mi casa le veía venir y subir la calle, y no recuerdo sin embargo, haberle visto nunca caerse. Eran tiempos duros en los que los hombres bebían mucho. La vida era ingrata e injusta pero el vino peleón era barato. “Koskorra” era el apodo de uno, por las continuas borracheras que agarraba.

Beber y fumar eran dos vicios fundamentales de entonces, bueno y el fútbol, que no era un vicio, pero en el que se ponía la misma pasión. “El Pipas” iba siempre con la cachimba colgada de la boca, fumara o no fumara.

El cine folklórico español tenía también en el barrio representación en algunas folklóricas, que imitaban en su forma de vestir, peinarse y pintarse, a las auténticas Estrellita Castro ó Imperio Argentina de nuestro cine.

Así teníamos a “La Lirio”, grande, chula y flamenca y a “La Cariño” que con sus rulos ensortijados uno a cada lado de la frente contestaba a todos: “dime cariño”.

En el colegio de frailes del barrio, al chaval más malo y travieso le llamábamos “Demonio”. Llegamos hasta olvidar su verdadero nombre. Los frailes todos tenían su mote, pero sobre todo uno de ellos, entrañable para medio pueblo que pasó por sus manos. Recuerdo que le llamábamos Ramplin y no recuerdo por qué. Lo que sí recuerdo es que si lo oía se ponía hecho una furia y el que lo decía, si lo cogía en el momento, pagaba en avellano con creces su osadía. Recuerdo que aunque le teníamos temor, le queríamos.

A Carmelo la Flor de Otoño del pueblo, siempre entre comadres, le llamábamos Carmelita. Vivía en una chabola en las afueras, un poco como un apestado. Su hermana, vecina nuestra, estaba casada y sin hijos. Era lo más parecido a un hombre. La naturaleza es en muchos casos injusta y da a unos lo contrario de lo que desean. Aquellos no eran tiempos fáciles para los hombres o las mujeres con las mismas inclinaciones que los dioses.

Un paradigmático representante del “avaro” de Moliere era el viejo droguero de la esquina con su bata gris raída y sus antiparras caídas sobre la punta de la nariz. No se paraba en darte un gramo de más ni perdonaba una chiquita de menos. Las mujeres decían que tenía la balanza trucada, una balanza por cierto tan antdiluviana como la propia instalación de la tienda, con una trastienda a la que nadie tenía acceso y a la que los niños imaginábamos llena de vasos de vidrio y probetas donde suponíamos confeccionaba innombrables drogas y bebedizos para los destinos más oscuros. Su mujer, con una bata similar a la de él, era una mujer pequeña, desagradable y seca con la misma mala leche. A los chavales nos daba miedo ir a hacer recados para casa a aquella tienda y con una pareja tan siniestra. Le llamábamos “El Tío Miserias”.

En aquellos tiempos, después de la guerra, faltaban casas y empezaban a aparecer chabolas en la periferia del barrio. Varias de estas chabolas las ocupaban unas familias pobres y numerosas emparentadas todas entre sí como una tribu y con unas pintas que la gente decía de ellos que a pesar de no ser gitanos eran como gitanos.

Los chavales de mi calle nos apartábamos cuando los hijos de aquellas familias pasaban en grupo por delante de nosotros cuando bajaban al pueblo. La verdad es que les teníamos miedo. Eran muy echados palante y nos pedían o nos quitaban la merienda sin mayor problema. Les llamábamos “Los Rechinaos”.

El juego con el lenguaje deformando las palabras tenía también buenos ejemplos de apodos. Uno era “Usebiocone” es decir se llamaba, según él “Usebio” y cuando se le

matizaba que sería con “E” decía que sí que “Usebio con e” y así se quedó, “Usebiocone”.

Juaniconchi era un chaval de mi calle al que apodábamos así y así se quedó también para siempre por la costumbre de llamar su madre desde la ventana a él y a su hermana para que fueran a casa. Los hermanos eran lógicamente Juan y Conchi.

A una cuadrilla popular del pueblo, que tenía un equipo de fútbol en categoría regional y que llevaba el nombre de una de las calles, la calla Ibarra en donde vivía la mayor parte de los componentes de la cuadrilla, como eran muy chirenes, ahora diríamos dadaístas, aunque ellos no sabían lo que era el dadaísmo, les dio una temporada por hablar al revés, convirtiendo en apodos todos los nombres. Así Emilio Borica tenía por apodo Koribo y José Luis Solachi, Chilasu y así todos los demás.

Era un grupo diferente que siempre estaba dando la nota con sus extravagancias y necesitaban marcar la diferencia reforzando su carácter de grupo. Y claro está, lo hacían de manera original, utilizando el lenguaje al revés.

Eran todos jóvenes humildes, simples obreros, pero he pensado muchas veces que en ellos se daba sin ninguna afectación el más puro comportamiento surrealista y dadaísta. Lo sorprendente de aquella gente es, que las cosas que hacían no las hacían solo cuando eran adolescentes, sino que cuando ya eran mayores, incluso casados, seguían haciendo cosas que aunque podían calificarse como gamberradas, tenían siempre un toque ocurrente. Ya he dicho antes que mi pueblo, mi barrio, era un crisol extraño, único a lo largo de la Ría.

Guardo en mi memoria algunos apodos que nunca supe descifrar su procedencia o su origen: “Taringo” el de Tartanga, un personaje extravagante, atlético, deportista y un poco loco. Solía ponerse grandes retos como nadador. Determinado día se proponía hacer la machado de cruzar nadando la Ría varias veces y sin parar. Corrido el intento de boca en boca allí íbamos todos a ver a Tarigo intentar un nuevo record.

A una señora la llamábamos “La Marabaiso”, no sé, quizás fuera gallega. A José Ramón, el del bar siempre le llamamos “Peter” y no sé por qué, pero su bar era el “Bar de Peter”. Para mis hermanos mayores era algo que tenía que ver con lo inglés. Para nosotros con Peter Pan.

A mi amigo Juanra le pusimos por mote “Chicha” no creo que fuera por la bebida de los incas. Nosotros entonces solo conocíamos el vino... a Juan Mari Camarote”... al hijo de la estanquera de la carretera “Chilandro”...al hermano de Bórica, “Pastin”.

Algunos motes tenían reminiscencias cultas como a Elías, que siendo maquinista naval le llamábamos “Caronte”. Supongo que tendía algo que ver con la leyenda griega.

En el barrio de Cruces había un personaje curioso que tenía fama de irse por “El Foro”. Le llamábamos “El Forero”. Era un matrimonio que apareció después de la guerra en el pueblo, sin saber nadie de dónde venía. El era totalmente exótico como de otra galaxia. Abrió un bar, puso un decrépito piano y entre chiquito y chiquito servido en la barra tocaba jazz. Murió tuberculoso. Fumaba como un carretero. Era todo un personaje, de esos que la literatura inventa para imitar a la vida.

“Ramallets” era un pobre loco, de edad avanzada, que creía haber sido en su juventud el célebre portero del Barcelona. Los chavales después de clase, hacíamos enseguida con las carteras de los libros, en medio de la calle (entonces casi no había coches), dos porterías para echar un partido y si por allí estaba Ramallets, ocupaba sin decírselo una de las dos, con la boina calada para atrás. Era el loco de mi calle que a nadie hacía daño, con una sola pasión que le llevó al desvarío, el fútbol. Un personaje entrañable, al que como a un niño le iba a recoger su esposa (una mujer de negro, todavía joven que daba la impresión de arrastrar una tristeza infinita) a la vez que a nosotros nos llamaban nuestras madres cantando nuestros nombres desde la ventana para ir a cenar.

No sé cómo se llamaba, recuerdo que le llamaban “Ramba” y no sé por qué. Cuando se cocía, rechinando los dientes lanzaba su grito de guerra: “Que viva Pancho Villa y muera Pascual de Orozco”. Lo mexicano en aquella época tenía una gran presencia en el barrio. Veíamos cine mexicano de charros machos y cantores. Cantábamos rancheras y nos gustaba aquello de que los villistas echándole cojones, en una carga de caballería a pecho descubierto, les ganaran a los soldaditos uniformados del gobierno. No sé si Ramba habría sacado el grito del cine o es que había vivido algún tiempo en México.

Antón, de mote “Pirula”, que tampoco sé si se llamaba o no Antón, fue por aquella época, uno de los personajes más curiosos y singulares de mi barrio. Había sido un buen calderero y trazador en los astilleros, pero como bebía como un cosaco, la empresa no hacía carrera con él y le tuvo que despedir. Desde entonces trabajo de maletero en nuestra diminuta estación a la que nunca llegaba nadie con maletas, profesión que compaginaba con la de limpiabotas. Vivía con su mujer, apodada “Mónica la Caramelera”, una especie de Lola Flores local que tenía instaurada una tertulia de acera junto con Mari la otra caramelera, la Lirio, La Cariño y Carmelita nuestra Flor de Otoño. Algo normal entonces para mis ojos de niño, pero un espectáculo algo casi inenarrable con mis ojos de adulto de hoy.

“Antón Pirula” y “Mónica” vivían en una casita, una chabola muy digna que habían construido ellos mismos en unos terrenos perdidos entre las vías del ferrocarril y la estación en donde teóricamente Antón ejercía una de sus profesiones. Una casita pintada en azul y blanco, con los colores del equipo de fútbol local, en el que también había jugado Antón y rodeada de tiestos con geranios por todas partes.

Altos y guapos, los dos se daban cuero a tope cuando bebían, pero cuando estaban serenos, se perdonaban todo, y salían a pasear del brazo por el pueblo con sus mejores trapos, presumiendo ella de él y él de ella. Mi madre decía: “la verdad es que están muy enamorados... quien bien te quiere te hará llorar...”.

“Varillas” y Ramón Plaza espontáneos poetas locales que a todo lo que pasaba en el pueblo le ponían letra, utilizando melodías de canciones populares, les sacaron una canción:

“Antón es un hombre genial
limpia el calzado con esmero
y la casita que se ha hecho

es digna de admiración.
De todos los que se casan
cuántos quisieran tener
una casita así de bonita
y así de pequeña.
Todos los que se casan
poquitos son
los que han soñado
con una casita
como la de Antón...”.

Cosas tan bellas como las que evoco, personajes tan interesantes como aquellos, espontáneos poetas surrealistas o dadaístas como los de mi pueblo de entonces, hoy ya no quedan o yo no los consigo ver por ningún sitio. Son de otra época en la que todo era distinto, más humilde y con más estrecheces, pero a la vez más claro, sencillo y entrañable. Son de una época en la que para nosotros, los niños del barrio de entonces, los barcos que subían y bajaban por la Ría, fueran de los colores que fueran, estuvieren viejos o destartalados, todos eran blancos.

